

I Feel Love

El MDMA y la búsqueda de
conexión en un mundo fracturado

Rachel Nuwer

Traducción de Eneko Urizar Andrieu



bauplan

Índice

INTRODUCCIÓN	11
1. Ferry a Sausalito	23
2. Penicilina para el alma	43
3. ¿Tomáis todos X?	63
4. Rick siguió adelante	77
5. Buena química	97
6. El rompecabezas de la neurotoxicidad	119
7. Una astilla en la mente	143
8. Periodo crítico	183
9. La necesidad del adicto	203
10. Los problemas crecen	223
11. El problema de la prohibición	247
12. La especie social	271
13. Desestigmatización	293
14. Compañeras de viaje	307
Agradecimientos	319
NOTAS	321

Para Paul, por quien I feel the love

Introducción

Caledonia Curry creció bajo el peso de lo que llamó una verdad insoportable: «Temía y odiaba a alguien a quien también adoraba y amaba: mi madre».

Nació en Florida. Sus padres eran grandes consumidores de heroína. Cuando tenía tres años, el padre casi muere de sobredosis. Después consiguió superar la adicción, pero la madre siguió consumiendo. Los días buenos, su madre irradiaba bondad, alegría y amor, pero los días malos parecía un demonio que pasaba por la hiperactividad, las ideas suicidas y la psicosis.

Callie se fue de casa a los diecisiete años y emprendió una exitosa carrera como artista bajo el nombre de Swoon. En una década su obra fue expuesta en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y en el Museo de Arte Contemporáneo de Los Ángeles. A veces sentía que se había liberado de su pasado. Pero su infancia, tal y como ella la veía, era como una goma elástica: cuanto más se alejaba del punto de origen, más se tensaba, amenazando con llevarla de vuelta de un golpe al punto de partida.

De cara al mundo exterior Callie proyectaba éxito, aunque en su fuero interno estuviera experimentando una serie de síntomas angustiosos. Descuidaba la limpieza de casa y tenía sus pertenencias en «montones enormes y desordenados en el suelo, sobre los que había que pasar de mala manera para llegar a cualquier sitio». Desarrolló un dolor crónico en la zona lumbar y en el cuello, y síndrome del túnel carpiano en las muñecas. Su actitud hacia las personas más próximas se volvió explosiva, estallando a veces en actos violentos. «Una vez empecé a golpear a mi novio en la cara», cuenta. «Sentía como si se abriera una trampilla debajo de mí y

en un segundo pasaba de ser una persona agradable a alguien que gritaba y rompía cosas».

La madre de Callie siempre negó que su confusión mental y sus problemas con las drogas se debieran a una experiencia traumática. No obstante, mortalmente postrada por un cáncer de pulmón, confesó haber sido violada por parte de un pariente cuando era niña. Las drogas servían para aliviar la angustia que experimentaba como consecuencia de los abusos. Todo ese tiempo Callie veía a su madre como poco más que una yonqui, al modo que la sociedad suele etiquetar a las personas como ella. Sin embargo, conocida la historia, admite haber «dejado atrás la idea de que mi madre era solo una egoísta irresponsable que prefirió las drogas a sus propias hijas». No obstante, fue necesario que su padre se suicidara un año y medio después para que Callie se diera cuenta de que ningún logro la libraría del legado de sufrimiento que había recibido. Necesitaba ayuda. «El dolor era demasiado grande». «El sufrimiento actual estaba desenterrando el antiguo trauma con enorme intensidad...».

Empezó con terapia conversacional, aunque necesitaba profundizar más. Así que en 2016 buscó un terapeuta clandestino dispuesto a administrarle MDMA, la droga ilegal también conocida como éxtasis o Molly. La mañana de su cita se tomó una cápsula y se tumbó en el futón de una habitación soleada parecida a una biblioteca, con su terapeuta cerca. Durante más o menos los primeros treinta minutos cerró los ojos en silencio, pero pronto se puso en pie, empezó a pasear, a hablar y le pidió a su terapeuta que la cogiera de la mano.

Bajo el efecto del MDMA y siguiendo la orientación del psicólogo, retrocedió a un estado infantil que le permitió descubrir un recuerdo enterrado de cuando tenía unos siete años. Su madre sufría otro episodio psicótico y estaba convencida de que los alienígenas se dirigían a la Tierra y de que, en cuanto llegaran, se comerían a todo el mundo, incluidas Callie y su hermana. El único recurso que quedaba, les dijo su madre, era suicidarse con alcohol para envenenar a los alienígenas. Su madre obligó a las niñas a beber, pero Callie lloraba y tenía demasiadas arcadas. Angustiada, su madre las sacó a la calle preparándose para la llegada de los extraterrestres. «Era pura desesperación, un instinto animal que se había descarriado», relató Callie. «Pensé que nos llevaba a algún sitio para matarnos».

Afortunadamente, su padre apareció de improviso y rápidamente puso fin a la situación. Sin embargo, aunque Callie no sufrió daños físicos, al recuperar el recuerdo de aquel horrible día se dio cuenta de que había vivido «con ese miedo a que mi madre me matara, y el miedo había sido tan aterrador y difícil de aceptar que me lo ocultaba a mí misma».

Esta epifanía marcó un punto de inflexión en su vida. Hace años que no le dan ataques de rabia ni rompe nada, y el dolor crónico desapareció sin dejar rastro. Sigue haciendo terapia asistida con MDMA de dos a cuatro veces al año, abriéndose camino a través de sus recuerdos de infancia. Las lecciones aprendidas durante las sesiones han cambiado también su visión del proceso creativo. Antes el dolor soterrado inspiraba su trabajo, ahora sabe que el arte puede ponerse al servicio de la curación. Según dijo a los asistentes a Horizons, una conferencia sobre psicodélicos: «He descubierto que las musas nos aman igual, o quizá más, cuando nos permitimos abrirnos a la plenitud».

No decía haberse «curado» gracias a la terapia asistida con MDMA, pero sí afirmaba que le ha permitido ver cosas fundamentales sobre sí misma que antes estaban ocultas. Pudo empezar a procesar lo que le había ocurrido de niña y a liberar la energía que su subconsciente había estado consumiendo para mantener reprimido todo aquello. La terapia asistida con MDMA le permitió, en última instancia, «liberar lugares de mi psique que estaban congelados por el trauma».



No es difícil en los últimos años toparse con historias como la de Callie, quizá en las noticias, en un podcast o en una conversación con amigas. De la noche a la mañana, la terapia asistida con MDMA ha ocupado la imaginación popular, presentándose como cura milagrosa para casos de trastorno de estrés postraumático (TEPT) que de otro modo serían intratables, en veteranos de guerra, en supervivientes de violencia sexual y abusos en la infancia, así como en personas atormentadas por pasados dolorosos. No obstante, aunque los resultados de los ensayos clínicos indican que la terapia asistida con MDMA supera significativamente a todo otro tratamiento exis-

1

Ferry a Sausalito

Carl Resnikoff estaba empezando la secundaria cuando decidió aprender a producir drogas. Carl, que creció en Oakland en los años sesenta, pasaba los fines de semana explorando Haight-Ashbury, el cuartel general extraoficial de la contracultura y epicentro del creciente interés por las drogas psicodélicas, situado al otro lado de la bahía de San Francisco. En el primer ciclo de secundaria su lista de lecturas ya incluía los relatos de experiencias esotéricas con estupefacientes de Thomas De Quincey, Charles Baudelaire y William S. Burroughs, al mismo tiempo que idolatraba a los químicos clandestinos que aparecían en los medios de comunicación. Deseaba desesperadamente embarcarse en sus propios viajes internos inducidos por las drogas, aunque había un problema: no encontraba a nadie dispuesto a vender LSD a un niño de doce años. No pasa nada, pensó; lo sintetizaría él mismo.

Cuando en 1971 Carl se matriculó en Biofísica en la Universidad de California, con sede en Berkeley, ya tenía toda la pinta del químico clandestino de la época: gafas a lo John Lennon, sonrisa relajada y desgreñado pelo oscuro hasta los hombros, pero seguía teniendo problemas para reunir los conocimientos necesarios para sintetizar su propio LSD. Cuanto más aprendía, más consciente se hacía de lo que no sabía. Sin embargo, hacía tiempo que había encontrado contactos para comprar drogas psicoactivas, y se había hecho fan especialmente del MDA, la llamada droga del amor o «*mellow drug of America*». A medida que refinaba su paladar psicodélico, su pasión por aprender a fabricar él mismo las sustancias no hacía más que crecer.

«Se trataba de ver el mundo de una forma totalmente distinta», explicaba Carl recientemente sobre el atractivo de los psicodélicos. «Explorábamos el espacio interior. No estoy seguro de que la palabra *psiconauta* estuviera acuñada por aquel entonces, pero lo describe a la perfección».

Un día, mientras ojeaba la biblioteca de la universidad, Carl se topó con un intrigante artículo de 1969 publicado en la respetable revista *Nature*, titulado «Relaciones estructura-actividad de psicotomiméticos de anillo único». En aquella época el término *psicotomiméticos* —«sustancias que imitan la psicosis»— hacía referencia a los alucinógenos, un guiño a la hipótesis original según la cual la comunidad científica había postulado que el LSD inducía un estado temporal de locura. Carl observó con asombro que el autor principal del artículo, un hombre llamado Alexander Shulgin, vivía a solo quince minutos de allí, calle arriba, en Lafayette, una ciudad idílica de colinas onduladas y vistas de postal del monte Diablo. La afiliación de Shulgin no figuraba como institución, sino como domicilio en —lo que resultaba aún más intrigante— *Shulgin Road*.

Carl se aprendió prácticamente de memoria aquel primer artículo y desenterró todos los que pudo encontrar en los que apareciera el nombre de Shulgin. Se enteró de que era un destacado químico psicodélico que no solo estudiaba moléculas conocidas, sino que creaba nuevas sustancias en su laboratorio y que, incluso, al parecer, las probaba él mismo. Un par de años más tarde, cuando Carl supo que Shulgin impartía una clase de Toxicología Forense en la Universidad de Berkeley, vio su gran oportunidad. Reorganizó su plan de estudios para matricularse en esa asignatura.

Shulgin —al que todos llamaban Sasha— parecía encarnar al prototípico químico chiflado. Pelo y barba blancos como la nieve, a lo Papá Noel, su vestuario consistía en una colección rotativa de camisas hawaianas chillonas y sandalias negras que siempre llevaba con calcetines. Con su metro noventa y cinco de estatura, era el más alto de la clase. Carl recuerda a Shulgin, hábil narrador, dando clases que trataban desde instrucciones meticulosas sobre cómo utilizar la ninhidrina para visualizar salpicaduras de sangre en escenas de crímenes, hasta reflexiones filosóficas sobre la capacidad de la química para revelar las verdades fundamentales de la naturaleza humana. Shulgin tuvo también una sorprendente premonición: advirtió a la clase sobre un oscuro compuesto llamado fentanilo y predijo que se

convertiría en un importante problema de salud pública y seguridad ciudadana en los años venideros. Carl lo absorbía todo.

«El resto de alumnos eran muy conservadores, tenían como objetivo trabajar en laboratorios de la policía y no conocían el historial de Shulgin», contaba Carl. «Yo había leído todos sus artículos científicos y había probado varios de aquellos compuestos, así que enseguida tuvimos buena relación».

Acabando el semestre, Carl se armó de valor y preguntó a su célebre profesor si quería ser su tutor en un estudio independiente. Shulgin no solo dijo que sí, sino que le propuso trabajar juntos en un proyecto de síntesis de drogas de la calle, con la excusa de «caracterizar sus impurezas» para uso forense.

Shulgin se hizo con el espacio necesario para montar un pequeño laboratorio en el sótano del edificio de Ciencias Biológicas y —tras unos meses enseñando a su alumno técnicas de análisis, síntesis y purificación de alcaloides— sugirió a Carl que definiera su propio proyecto.

Carl sabía exactamente en qué consistiría. Ya conocía la anfetamina psicodélica MDA, una de sus drogas favoritas. También sabía por experiencia que la metanfetamina es más euforizante que la anfetamina simple, y que la única diferencia en la composición de estas moléculas se reduce al grupo N-metilo adicional de la metanfetamina —un ejemplo de cadena lateral, una estructura química que puede unirse al cuerpo principal de una molécula—. De este modo, una diferencia de pocos átomos puede alterar drásticamente el efecto de una droga en el cerebro humano.

Siguiendo esta lógica, Carl se preguntó qué pasaría al añadir un grupo N-metilo al MDA para crear MDMA (abreviatura de metilendioxi-metanfetamina). ¿Sería el MDA N-metilado aún más euforizante que su molécula original, del mismo modo que la metanfetamina es más euforizante que la anfetamina? Una rápida búsqueda bibliográfica le indicó que esta síntesis no carecía de precedentes, aunque no pudo encontrar ningún registro de que los humanos la hubieran probado alguna vez.

Cuando Carl volvió a encontrarse a Shulgin en el laboratorio, le propuso que fabricaran MDMA.

«¡Buena idea!», respondió Shulgin.

Como se vio después, Shulgin sabía más sobre el MDMA de lo que aparentaba. «Es como si ocultara sus cartas», contaba Carl. «Cierta secretismo envolvía todo el asunto».

Refugiados en el laboratorio de la universidad, una tarde de verano de 1975, profesor y alumno solo necesitaron unas horas para completar la síntesis. A diferencia del LSD, una droga notoriamente complicada de producir, el MDMA no era tan difícil de obtener a partir de sus precursores químicos: química de nivel superior, sin duda, pero (al menos con la ayuda de Shulgin) no de licenciado universitario. Como señaló Carl, «Sasha llevaba años trabajando con anfetaminas psicodélicas y compuestos relacionados, por lo que conocía algunos atajos y trucos que un químico orgánico competente en una especialidad diferente hubiera tardado más tiempo en descubrir». Lo más fascinante para Carl fue el final, cuando el gas de cloruro de hidrógeno burbujeó en el matraz, haciendo que los cristales blancos de MDMA cayeran hacia el fondo como la nieve.

Shulgin pesó dos dosis de 120 miligramos para Carl —una cantidad típica para el consumo recreativo de MDA— y se llevó el resto a su casa. Carl nunca supo si Shulgin probó su creación. «Yo era un estudiante de veintiún años y él un investigador experimentado. No me atreví a preguntárselo».

Para Carl, sin embargo, el experimento no estaría completo hasta probar la droga él mismo. Cuando le preguntó a su novia de entonces, Judith Gips, compañera de estudios en Berkeley, si le gustaría acompañarlo, obtuvo una entusiasta respuesta. «Sabía que andaba en ese mundo», recordaba ella hace poco. «Me habló de muchas cosas, incluso del doctor Shulgin».

«Ya habíamos tomado LSD juntos muchas veces, y MDA otras tantas», añadió Carl. «Eran los años setenta en Berkeley. Era todo muy salvaje».

En una gloriosa mañana de septiembre, Carl y Judith condujeron hasta San Francisco y embarcaron en un ferry hacia Sausalito. Él había introducido el polvo de MDMA en cápsulas, adivinando con acierto que el alcaloide sería muy amargo para tragarlo solo. Según recordó, en el momento de emprender su viaje —el literal y el figurado— «no estaba nada nervioso».

Disfrutando del sol de principios de otoño y contemplando las vistas de la resplandeciente bahía y de los elegantes arcos del puente Golden Gate, Carl y Judith empezaron a sentir una flotante sensación de euforia.

«Todo aparecía sublimado», recuerda ella. Sin embargo, cosa extraña tratándose de una droga psicodélica, no se produjeron dis-